

Alberto Vázquez-Figueroa

Viaje al fin  
del mundo:

# GALAPAGOS



Alberto Vázquez-Figueroa efectúa aquí un largo viaje que lo lleva primero a Venezuela, con el propósito de poner en marcha una audaz idea: trasladar a las desiertas llanuras de la Gran Sabana guayanesa todas aquellas especies de animales actualmente en vías de desaparición en África.

El autor dedica íntegramente la segunda parte del libro al archipiélago de las Galápagos, uno de los lugares más interesantes, lejanos y desconocidos del planeta, en el que sobreviven especies animales totalmente desaparecidas ya del resto de la Tierra.

Galápagos, o las Islas Encantadas, constituyen, sin duda, el último paraíso de los animales salvajes; el único lugar donde hombres y animales aún pueden convivir en perfecta paz y armonía.

*A Marie-Claire, mi esposa.*

## Primera parte

# VIAJE AL FIN DEL MUNDO

## Capítulo I

### «OPERACIÓN ARCA DE NOÉ»

El inmenso avión comenzó a descender, de los helados nueve mil metros al calor de Maiquetia. Y desde el aire, contemplé largamente el mar y el sucio puerto de La Guaira, mientras el avión giraba para enfilarse el comienzo de la pista.

Poco más de media hora después, un taxista que conducía a velocidad suicida me depositaba a las puertas del hotel. Había insistido en llevarme al nuevo «Caracas-Hilton», pero preferí el «Tamanaco», cuya piscina, en los mediodías, es, sin duda, el lugar más agradable de la ciudad.

Me bañé y me asomé al amplio ventanal que dominaba la piscina, los jardines y la ciudad, con el monte Ávila en el fondo. Comenzaba a oscurecer, y no creo que exista en el mundo una capital cuyas puestas de sol puedan compararse a las de Caracas. Constituyen un espectáculo único e inolvidable que jamás me canso de contemplar.

Luego, en unos minutos, me planté en casa de mi hermano que no tenía ni idea de mi llegada, aunque la imaginaba, porque le había puesto previamente al corriente de mi proyectada «Operación Arca de Noé».

Esta idea había nacido tiempo atrás en la misma Venezuela, pero tenía como origen otro continente, África. Los muchos años que había vivido en ella me permitieron darme cuenta de hasta qué punto resultaba cierto el temor —

tan extendido— de que, poco a poco, la maravillosa fauna africana acabaría por desaparecer de la faz de la Tierra.

En menos de un siglo, los animales salvajes han dejado de ocupar la mitad de sus territorios originales en el Continente Negro. En las regiones en que aún subsisten, su número se ha reducido en ese tiempo a menos de la cuarta parte.

En el simple transcurso de la mitad de mi vida, todo ha cambiado, y recuerdo que siendo un muchacho, a comienzos de la década de los cincuenta, los rebaños de gacelas, antílopes y avestruces corrían libremente por las inmensas llanuras del Sáhara. Ahora, durante mi último viaje a ese mismo Sáhara, no encontré, durante días y días de marcha, una sola gacela, ni un antílope, ni huella alguna que recordase que allí existieron avestruces en un tiempo.

Y lo más triste es que el desierto sigue siendo el mismo, sin que haya empeorado un ápice el «hábitat» de los animales. Su desaparición se debe, pura y simplemente, a la inmensa pasión de los hombres por disparar un arma sobre todo lo que tenga vida.

Mientras España mantuvo un protectorado sobre Marruecos y el Sáhara, la mayoría de los militares y funcionarios que vivían en este último eran, por lo general, gente que amaba el desierto y a sus criaturas. Se encontraban a gusto en aquellas desoladas regiones, y, aunque muchos de ellos eran cazadores, sabían respetar las reglas de la Naturaleza y sabían, también, cómo y cuándo había que disparar sobre un animal.

Abandonado, sin embargo, Marruecos, el Sáhara se vio invadido por militares y funcionarios que llegaba casi obligados; que no sentían el menor amor a aquellas tierras, y que no encontraron mejor forma de matar su tedio que abatir todo bicho viviente que pusiera a su alcance.

El día en que Marruecos alcanzó su independencia, el viejo Sáhara romántico de los «meharis», de las caravanas y

de las noches de campamento murió, con él murieron también los grandes rebaños de las arenas.

Pero ésa no fue sino una más entre las muchas circunstancias que —a lo largo de estos cien años— han contribuido a que los animales vayan desapareciendo lentamente de África.

Primero, fue en el Norte, donde el número de los pequeños y resistentes elefantes de la antigüedad, que el hombre conseguía domesticar a diferencia de sus congéneres del resto del continente, comenzó a disminuir, hasta que el último murió, poco antes de comenzar el siglo XX, en una aldea de Túnez.

Más tarde, sobre 1930, moría también el último león de Berbería, incomparablemente más hermoso e impresionante que su hermano del Sur, dotado de una increíble arrogancia y de una enorme y majestuosa melena negra que le bajaba hasta la mitad del pecho. Se diezmaron, luego, las gacelas egipcias, de las que apenas quedan ya un centenar; el «ñu de cola blanca» conservado tan sólo en cautividad; «la cebra de Burchell» y el «antílope azul», extinguidos por completo. El «antílope lira» —el bontebok— desapareció junto con su pariente, el «blesbok». Sólo quedan ejemplares disecados, pese a que hace doscientos años cubrían inmensos territorios del sur de África.

Resultaría tedioso continuar la enumeración de tantas y tantas especies que ya han desaparecido para siempre, y que nunca —por mucho que lo intentásemos— conseguiríamos hacer revivir. Cuarenta dicen unos; muchas más, aseguran los pesimistas, y otras tantas desaparecerán irremisiblemente en el transcurso de la próxima generación.

Y esa desaparición está motivada no sólo por las matanzas de los aficionados a la caza, sino también por culpa de los nativos poco respetuosos para con la Naturaleza, o a causa, por último, de los tiempos modernos. El progreso, la ineludible necesidad del hombre de extenderse cada vez más, de ganarle terreno a la selva o a las praderas, de ir

empujando hacia las tierras más inhóspitas a los grandes rebaños de animales libres que reinaron durante siglos en el Continente Negro.

Aunque parezca una aseveración absurda y aventurada, África se ha quedado pequeña, y será cada día más y más pequeña, hasta que llegue un momento en que hombres y animales no puedan convivir.

Fuera de las grandes Reservas o Parques Nacionales, como el de Serengeti, en Kenia, o el Krüger, en La República Sudafricana, pocos rincones quedan ya en los que las cebras, jirafas, ñus, elefantes y gacelas merodeen a su antojo, y difícilmente podrán sobrevivir al año 2000.

Asistí a esta tragedia. Vi cómo se asesinaban cada año miles de elefantes con el fin de aprovechar sus patas para hacer papeleras, y cómo se liquidaban manadas de cebras con el único fin de convertirlas en alfombras. Presencié, también, el crecimiento de las ciudades; el trazado de las carreteras; la extensión de las grandes plantaciones; el nacimiento de las primeras industrias; todo cuanto, en fin, va contra la posibilidad de subsistencia de las bestias salvajes.

Y creía que contra eso nada podía hacerse, y que al igual que los bisontes dejaron de corretear por Norteamérica, llegaría un momento en que los elefantes dejarían de corretear por África.

Pero un día, buscando diamantes en los ríos de la Guayana venezolana —tan ricos en ellos—, me eché la escopeta al hombro dispuesto a conseguir algo de comer en la inmensidad de aquella Gran Sabana. Cuál no sería mi asombro, al advertir que había que caminar horas y horas y buscar mucho, para encontrar, al fin, algo sobre lo que disparar.

Me detuve a considerar, entonces, que en todos los años pasados en Sudamérica (Guayanas, Amazonas, Llanos o Andes) había comprobado idéntica escasez de vida animal, y había allí praderas, selvas, montañas y ríos tan de-



siertos como el Sáhara mismo, pese a que, aparentemente, sus condiciones de habitabilidad resultaban óptimas.

Comencé a estudiar con detenimiento ese «hábitat» y, a lo largo de cuatro años de comparaciones, llegué a la conclusión de que por clima, tierra, forraje, abundancia de agua, e incluso semejanza de paisaje, no había ninguna diferencia básica entre la Gran Sabana venezolana y las praderas africanas; del mismo modo que no eran fundamentales las diferencias entre la selva amazónica y la guineana, o entre los Llanos y algunas zonas del desierto.

Existen, pues, en Sudamérica millones de hectáreas de tierras vacías; tierras por las que el hombre no siente ningún interés y que podrían convertirse perfectamente en «hábitat» de todas esas especies de animales, que ya no tienen en su continente esperanza alguna de subsistencia.

Llegado a esta conclusión, dediqué mi tiempo a estudiar las posibilidades de aclimatación que existían para el caso de que pudiese llevarse a cabo un trasplante de animales. Comprobé que todas las especies que, por una u otra razón, se han llevado a Sudamérica han conseguido aclimatarse perfectamente. No se trata ya de la vaca, el caballo, la gallina o cualquier animal doméstico. Otros, como el búfalo o la «capra hispánica», se han desarrollado y reproducido en libertad sin el menor problema.

Hace más de un siglo, un ganadero llevó a la isla de Marahó, en la desembocadura del Amazonas, dos parejas de búfalos africanos, y hoy abundan de tal forma, que su cacería constituye uno de los principales atractivos de la isla. En otra ocasión, un barco cargado de «capra hispánicas» naufragó contra una pequeña isla situada frente a las costas venezolanas, y actualmente constituye un auténtico hervidero de ellas. Convencido, por tanto, de que existía una posibilidad de salvación para los animales de África, me trasladé a la República Sudafricana, donde tomé contacto con las autoridades responsables de los Parques Nacionales. Aunque sorprendidas en un principio por mi idea, acabaron por ad-

mitir que, en efecto, en su opinión no existía ningún impedimento para llevar a cabo ese trasplante. Si llegaba a hacerse, estaban dispuestas a colaborar en él, puesto que tenían en sus Parques problemas de espacio, agua y alimentos para sus animales.

En aquellos días, en el Krüger estaban sacrificando tres mil elefantes, que no podían alimentar sin poner en peligro a la restante población del Parque.

—Si pudiera llevarme esos tres mil elefantes a la Amazonia —comenté—, tardarían un millón de años en comérsela.

Esa matanza necesaria, pero dolorosa, me reafirmó en mi idea de seguir adelante con la «Operación Arca de Noé»; «Operación» en la que sueño con ver las vacías tierras americanas surcadas por inmensos rebaños de elefantes, jirafas, gacelas, ñus, avestruces, impalas y tantas especies que embellecieron durante siglos las verdes colinas de África.

Ésa era, pues, la razón de mi llegada a Venezuela: buscar ayuda para mi proyecto.

Tenía, además, en mi poder, una baza que juzgaba importante: había logrado interesar en la «Operación» a una gran compañía aérea, que unía Sudáfrica con Europa y Europa con Sudamérica, y que estaba dispuesta a trasladar gratuitamente a los animales a través de los tres continentes.

Mi hermano, conocedor y copartícipe de mis ilusiones, había decidido —en unión de José Antonio Rial, destacado escritor y periodista afincado en Venezuela— que la entidad que mejor podría colaborar con mis intenciones era la Corporación Venezolana de la Guayana, organismo de increíble poderío económico, que tiene a su cargo el desarrollo de una de las regiones más ricas del mundo: la Guayana de Venezuela.

Habían puesto, por tanto, en antecedentes a su presidente: el general Rafael Alfonso Ravart, un hombre de tan

extraordinaria capacidad de trabajo, que aun habiendo cambiado tres veces el Gobierno venezolano, y habiendo subido al poder en la última ocasión los que pudieran considerarse sus enemigos políticos —los «Demócratas-cristianos» del presidente Rafael Caldera—, ha permanecido en su puesto, sin que nadie se atreva a removerle. Venezuela es uno de los pocos países que reconocen que, cuando un hombre le es útil, continúa siendo útil, sea cual sea su forma de pensar.

El general me recibió en el despacho que ocupa en el inmenso edificio de la «Shell», apenas a un tiro de piedra del hotel, y durante horas discutimos sobre la posibilidad de convertir la Gran Sabana —hoy tierra de buscadores de oro y diamantes— en un inmenso Parque de Aclimatación. Con los años, las manadas serán allí tan comunes como en Serengueti, y acudirán turistas de todo el mundo, especialmente norteamericanos, que, a dos horas de vuelo de Miami, podrán disfrutar de un espectáculo maravilloso.

Los animales atraerán turistas, esos turistas atraerán, a su vez, a hombres de negocios que darán vida a un inmenso territorio que hoy en día se encuentra casi vacío.

El general tenía decidido el lugar en que se establecerían los primeros animales: un antiguo rancho, el «Hato Masobrio», enclavado entre los ríos Orinoco y Caroni, junto a la recién inaugurada presa del Guri.

Sobre un gran mapa, señaló el punto elegido y preguntó:

—¿Le gustaría verlo?

—Conozco la zona —repliqué—. Pero me agradecería echarle un nuevo vistazo.

—Mañana, a las ocho, uno de nuestros aviones, estará esperando.

## Capítulo II

# EL SALTO ÁNGEL

En efecto, a las ocho de la mañana del día siguiente, un avión nos esperaba para llevarnos, en poco más de una hora, a Puerto Ordaz, sobre la orilla del río Orinoco, exactamente en su confluencia con el Caroní.

José Antonio Ríal había decidido acompañarme. Sentía curiosidad por conocer una ciudad a la que puede considerarse como un milagro del esfuerzo humano.

Puerto Ordaz es, hoy por hoy, la ciudad más moderna del mundo. Más incluso, que Brasilia —la artificial capital brasileña—, y cuando hace diez años recorrí esta región, no existía aquí más que un conjunto de casuchas —San Félix—, que se alzaban sin orden ni concierto, y no tenían interés ni vida propia. En la actualidad, Ciudad Guayana, nombre por el que se conoce también a Puerto Ordaz, cuenta con 250 000 habitantes y tiene calles asfaltadas, puentes, parques, jardines y edificios públicos de audaz arquitectura.

La proximidad de la presa de del Guri, de las minas hierro de Cerro Bolívar y de yacimientos de bauxita —quizá los más ricos del mundo— auguran a la ciudad un prometedor futuro. Por otra parte, su emplazamiento entre dos ríos, junto a las cataratas y rápidos de la «Llovizna» y «Cachamay», es privilegiado, mientras que la temperatura, aunque elevada, no resulta sofocante.

La visita a los terrenos de «Hato Masobrío» estaba prevista para el día siguiente, pero yo deseaba aprovechar el tiempo recorriendo de nuevo el gran lago y las obras de la presa del Guri, que durante mi última estancia, un año antes, había dejado a medio concluir.

A una hora de camino de Puerto Ordaz, río arriba, las negras aguas del Caroní se estrellan contra el grueso muro de 110 m de altura con que los ingenieros han cerrado el antiguo cañón de Necüima, y se extienden en un gigantesco embalse cuya superficie de 800 km<sup>2</sup>, forma un dédalo de islas y ensenadas que transforman por completo aquel paisaje que conocí muy distinto.

Dicen que Guri será, en su día, la mayor presa del mundo —superando incluso la de Asuán, en Egipto—; pero, particularmente, más que su prodigio técnico, me había llamado siempre la atención el tremendo esfuerzo humano que se requirió para salvar de la inundación a los animales salvajes que habitaban en las regiones que habían de quedar inundadas.

El año anterior, había rodado un documental sobre esta apasionante «Operación Rescate» y me agradaba volver a conocer sus resultados y encontrarme de nuevo con uno de sus principales dirigentes, el doctor Alberto Bruzual, especialista en fauna guayanesa y con el que había mantenido largas conversaciones sobre mi proyectado traslado de especies africanas.

Cuando le pregunté cuántos animales lograron salvar de perecer ahogados, se mostró satisfecho de la labor de su equipo.

—Más de dieciocho mil —replicó—, y aún quedan algunos. En conjunto, la «Operación» ha sido un éxito, si se tiene en cuenta que sólo ha habido trescientas muertes, lo que arroja un índice de pérdidas realmente bajo. El mayor número de estas muertes se cifró, en principio, entre caimanes y anacondas, animales que, en nuestros cálculos iniciales, no creíamos precisarían de nuestra ayuda.

Resultaba extraño que estos animales —eminentemente acuáticos— necesitasen que se les salvara, ante mi incredulidad, el doctor me indicó:

—Ha de tener en cuenta que ni unos ni otros son totalmente acuáticos. Son animales de respiración pulmonar, que se sumergen o nadan para cazar, pero que no tardan en regresar a la orilla. Sin embargo, fue tal la cantidad de agua que encontraron de pronto a su alrededor cuando se cerraron las compuertas, que muchos perecieron de miedo, enloquecidos por la presencia de una masa líquida a la que no estaban acostumbrados. A menudo, la distancia hasta tierra firme era de cinco kilómetros, y eso es demasiado para una anaconda o un caimán. Cuando comenzamos a encontrarlos muertos, tuvimos que reestructurar todo nuestro plan de acción.

Éste —al que yo había asistido— era por demás interesante. Muy de mañana, apenas amanecía, las piraguas y las lanchas motoras se lanzaban al lago a la busca de animales en apuros, o iban a sacarlos —contra su voluntad— de pequeñas islas en las que, momentáneamente, se encontraban a salvo, pero que estaban condenadas a ser inundadas también. Allí era necesario echar a tierra a los perros rastreadores para que empujaran a los animales al agua, donde resultaba más fácil su captura. A los monos, los perezosos e incluso los puercoespines y felinos había que hacerlos bajar de los árboles y era raro el cazador que no presentara en alguna parte su cuerpo las marcas de los dientes de un mono indignado.

Más peligroso resultaba el trato con las serpientes, de las que se salvaron casi mil, aunque entre ellas no había más que unas cien auténticamente venenosas. Se salvaron también unas cinco mil tortugas de tierra, a las que en Venezuela llaman morrocoyes, y unos quinientos puercoespines. Resulta instructivo destacar que se respetó a todas las especies, beneficiosas o no, porque de lo que se trataba

era de conservar la fauna aborigen en toda su pureza, sin discriminaciones sobre su conveniencia.

El destino de estos animales fue muy variado. La mayoría fueron a parar —después de un breve descanso para que se les pasase el susto— a la gran isla Coroima, que con sus 1500 ha ofrece terreno y alimento más que suficientes. Otros marcharon a Parques Zoológicos, y las serpientes venenosas se dedicaron a la producción de sueros antiofídicos.

La «Operación Rescate» —según mis informaciones— bastante cara, ya que se emplearon en ella todos los medios necesarios, desde una flotilla de embarcaciones hasta helicópteros. El resultado mereció la pena y, por una vez, el hombre demostró que también es capaz de respetar a la Naturaleza.

Por lo que a mí se refiere, me alegró comprobar que los venezolanos no escatimaban su dinero a la hora de emprender una «Operación» que tenía muchos puntos de contacto con la que estábamos proyectando.

Al día siguiente, una avioneta monomotor, pilotada por un veterano de las Guayanas, Pedro Valverde, nos trasladó en veinte minutos de vuelo al «Hato Masobrio», antiguas tierras ganaderas que la Corporación de la Guayana compró porque parte de ellas habían de quedar sumergidas por las aguas de la presa del Guri.

Los animales que se traigan de África tienen asegurados aquí, agua y pastos, en esta Gran Sabana que —a una altitud de entre 1200 y 1500 m— se extiende a todo lo largo de la orilla derecha del Orinoco.

Estos paisajes son de extraordinaria paz y belleza y aparecen salpicados de continuo por la presencia de altas palmeras moriche que le dan un aspecto paradisíaco; están surcados por innumerables ríos, muchos de los cuales arrastran oro y diamantes. Son tierras semidesiertas, pues no albergan más de un 3% de la población total de Venezuela, formada en su mayor parte por caucheros, aventureros,